

he ahí la perla más preciosa con que, desde sus primeros años, supo enriquecerse la admirable Virgen de Paray le Monial. Amar á aquel Dios que tanto amó á los hombres, que por ellos se entregó á la muerte y por ellos se inmola perennemente en el sacrificio de la Eucaristía; desvivirse por dar á conocer á Jesús y hacerle objeto del amor de todas las criaturas, y, para lograrlo, presentar á la adoración de todos los cristianos el símbolo vivo y natural del amor de Jesucristo, su Corazón de carne, como asentado en trono de llamas, he aquí en resumen el blanco nobilísimo de la devoción al sagrado Corazón de Jesús. Y ¿no fué en esta hoguera celestial donde se encendió hasta quedar abrasado el corazón de Margarita? Dígalo aquel maravilloso voto ofrecido por ella la víspera de la festividad de Todos los Santos, para consagrarse, inmolarse y unirse estrechísimamente al divino Corazón; voto, dice un piadoso historiador, que da bien á conocer de cuánto es capaz por la gracia una alma fiel y generosa, y cuánto puede obrar en ella un amor ardiente á Jesucristo. La misma virgen que tuvo valor para hacerlo, no sin sentirse compelida á ello por el divino Esposo, temblaba al considerar lo arduo de su ejecución; y, sin duda, habría sucumbido bajo el peso de tamaña carga, si el mismo Señor no la enseñara el modo fácil de salir airosa de su empeño. De Jesús aprendió que en el orden sobrenatural, lo mismo que en el de la naturaleza, la gran ley de orden es la unidad en la multitud. «La unidad de mi amor, fuéle dicho, te servirá para atender á la multiplicidad de todas esas cosas.» Atenta, pues, la Bienaventurada á amar á Jesús, y nada más que á amarle y complacerle como esposa fidelísima, descubrió en el amor la mina inagotable de su santificación.

¡Oh! y ¡cómo ardía en vivas llamas de ardentísima caridad aquel corazón puro y virginal! Recordad el éxtasis portentoso en que Jesús, tomándole á la virgen el corazón, lo escondió dentro del suyo, hallándose aquél como un átomo en la inmensidad de un mar de fuego; y luego devolviéndoselo hecho un ascua, parecía que le abrasaba todo el seno, causándole intolerables pero deliciosos ardores. Así le fué transverberado el corazón á la seráfica Reformadora del Carmelo, así se les hizo sensible el amor á las Gertrudis y Catalinas de Sena. Entonces fué cuando la dichosa Margarita, transfigurada en Jesús y desmayada por la violencia de aquellos incendios, debió de exclamar como la Esposa: *Socorredme, hermanas mías, porque muero desfallecida de amor*¹. ¡Deliquios inefables para los labios profanos! ¡Dulzuras misteriosas, más propias del cielo que de esta pobre mansión de miserias! Pero pasemos á la segunda parte.

II.

9. Enriquecida y adornada con la preciosa perla de la devoción al Corazón divino, Margarita María Alacoque tiene también la gloria de haber enriquecido con ella á todo el mundo, al cielo mismo, si me es permitido decirlo, que pobló, por este medio, de innumerables moradores. ¡Ah! ¡qué gloria para esta humilde virgen, la de haber revelado al mundo, hace dos siglos, el gran tesoro de las misericordias, de las riquezas inmensas de gracia, ocultas hasta entonces á la mayor parte de los hombres, y hoy expuestas á la vista de cuantos quisieren enriquecerse con ellas! Como en otro tiempo el profeta Isaías², nuestra Vidente convidó á todas

¹ Cant. 2, 5. ² Is. 55, 1.

las almas hambrientas de felicidad á entrarse por el costado abierto de Jesús, como diciéndoles: «Venid y comprad, sin necesidad de otro dinero que un corazón vacío de sí mismo, el vino y la leche, la sangre y agua que manaron del Corazón herido de vuestro Redentor.» Así fué como por medio de esta alma privilegiada vino á realizarse de lleno aquella antigua profecía: *Y habrá en aquel día una fuente patente para la casa de Jacob ... Y cogeréis gozosos el agua de las fuentes del Salvador*¹. Mas, para llegar á alcanzar esta gloria, ¡qué no tuvo que hacer y padecer la que Jesús escogiera para instrumento de sus maravillosos designios!

10. Porque, en primer lugar, ¡qué dura y costosa fué para ella la elección! Por más que esa alma, abismada en su propia nada, se creyera la más ingrata y culpable de todas las criaturas, reputándose indigna de ser elegida para un encargo tan sobre las fuerzas humanas; ¿quién duda que no habría sido escogida para desempeñarlo, si ella misma no se dispusiera con el ejercicio de las más arduas virtudes, y especialmente con una fidelidad á la gracia á toda prueba, y un abandono total de sí misma en manos de la voluntad soberana? Y luego, ¡qué angustias, semejantes á las de un sobrenatural alumbramiento, las que le hace pasar al mandato del Señor de descubrir al mundo los secretos de amor que se le han comunicado! Vosotros sabéis muy bien qué secretos eran éstos; qué era lo que exigía Jesús en orden al culto de su corazón de carne; las gracias que en premio prometía; cómo se desarrolló la naciente devoción, á pesar de la oposición insensata de los hombres, y, finalmente, cuál fué el éxito de los designios de Dios

¹ Is. 12, 3.

en beneficio de su Iglesia. No necesito detenerme á recordaros las célebres apariciones de Jesucristo á su regalada sierva, en que le mostró el Corazón, como hoy felizmente lo vemos retratado en todas partes, rodeado de llamas, coronado de espinas, traspasado de la lanza, y dominado por la gloriosa insignia de la cruz. Ni tengo tampoco necesidad de repetiros las palabras del Salvador, que de sus labios han pasado á tantos corazones sensibles, que las llevan esculpidas con caracteres de fuego: «He aquí el Corazón que tanto amó á los hombres...» ¡Oh palabras cuyo eco, repercutido de polo á polo, ha despertado á tantas almas adormecidas en profundo sueño de indiferencia y olvido de Dios! Mas para servir de intérprete á las disposiciones del cielo, ¡qué de repugnancias, qué de dificultades al parecer invencibles no tuvo que superar la pobre y desconocida monja de la Visitación! No sólo hubo de exponerse á las burlas, murmuraciones y dicterios de los que la tenían por loca y visionaria, que esto, lejos de abatirla, apenas templaba el ardor de su sed de humillaciones y desprecios; sino, lo que era insoportable para su humildad, tuvo que exhibirse como objeto de favores tan extraordinarios, como enviada del mismo Dios, siéndole forzoso acreditar su misión con milagros y profecías: lo que no podía menos de crearle un renombre de santidad y granjearle honores y demostraciones que le eran más punzantes que agudísimas espinas.

11. Y aun esto no bastaba á quien debía enriquecer al mundo con la perla preciosa de la devoción al Corazón de Jesús. Era menester que ella misma enseñase con el ejemplo la devoción que trataba de persuadir á los demás. Y para eso necesitaba trabajar de mil maneras y vencer verdaderos imposibles hasta llegar á la

consecución de su objeto. Consiguiólo en efecto, pero sólo á costa de milagros obrados por Aquel que sabe trocar los corazones y subyugarlos suavemente á su querer; y en fuerza de otro milagro, no menos insigne, el de la constancia y paciencia de la sierva del sagrado Corazón. Figuraos qué podría hacer una obscura religiosa encerrada dentro de los muros de un convento, en una pequeña ciudad de Francia, para dar á conocer y establecer en toda Europa y en todo el universo una devoción nueva, nacida en pleno siglo de jansenismo y en vísperas de estallar el filosofismo volteriano. ¿Qué? ¿os parece que estaría bien dispuesto el fastuoso siglo de Luis XIV á obedecer á las órdenes del cielo transmitidas por el órgano de una mujer destituida de nombre y de recursos? En vano recurre á sus superiores inmediatos; pues éstos tampoco cuentan con elementos de propaganda, y menos en materia tan delicada y peligrosa. Apenas encuentra algún director espiritual bastante ilustrado en los caminos extraordinarios de la santidad y bastante magnánimo para aprobar su espíritu y ofrecerse á trabajar con ella en el establecimiento de la combatida devoción. ¡Honor eterno al varón santo que, fiel á la divina vocación, no teme entrar á la parte con la Bienaventurada Margarita en las humillaciones que le acarrea este nuevo apostolado: honor al venerable Padre Claudio de la Colombière, digno hijo de la Compañía de Jesús é insigne apóstol de Inglaterra! Á pesar de cuantos obstáculos se le ponen delante, la abnegada Esposa de Jesús no cede en su bendito empeño; y ya como maestra de novicias, ya por medio de celosísimas cartas, ya, en fin, por cuantos medios pone Dios á su alcance, logra ver con sus propios ojos realizados los deseos de Jesús viendo el culto público del

sagrado Corazón establecido en la Iglesia. Cumpliéronse, pues, á la hora señalada por la Providencia, las promesas de Cristo á su sierva: «Reinaré á pesar de mis enemigos y de todos los que quisieren oponerse á mí.»

12. Sí, cristianos, el hecho del reinado del Corazón de Jesús el día de hoy en todo el mundo no tiene para qué señalarse, pues está á la vista, más brillante que el sol de mediodía. Jesucristo ha iluminado una vez más la tierra con los rayos esplendorosos de su Corazón. Bien podemos entonar la canción favorita de Margarita María: «El amor triunfa, el amor goza, el amor en Dios se regocija.» Las gracias que esta devoción, tan querida de todas las almas buenas, ha hecho descender del cielo, sería imposible enumerarlas. Baste decir que ya se ve cumplido á la letra cuanto Jesús anunció á su querida sierva, y que el éxito de esta santa empresa ha superado las más lisonjeras esperanzas y excedido á todas las previsiones humanas. Pecadores convertidos á millares, almas santificadas en grado heroico, necesidades espirituales y corporales remediadas á diario, bienes sin cuento atraídos á la tierra, ved ahí en resumen, los frutos de la admirable devoción cuyo establecimiento fué el objeto primordial de la vida de la Bienaventurada Margarita María Alacoque. ¡Ah! si fuera lícito comparar lo humano con lo divino, lo natural con lo sobrenatural, diríamos que la devoción al sagrado Corazón de Jesús fué el descubrimiento de un nuevo mundo para las almas, y su Colón fué la humilde Margarita.

Cuánta parte haya cabido en este tesoro á la religiosa orden de la Visitación de Santa María, dichosa madre de la Bienaventurada, no necesito demostrarlo, toda vez que así lo declaró la misma Reina de los cielos á nuestra Vidente en aquella visión maravillosa que ésta

tuvo el día mismo de la Visitación: «Aquí tenéis, queridas hijas mías, decíales la Virgen, aquí tenéis el divino tesoro á vosotras en particular manifestado por el tierno amor que profesa mi Hijo á vuestro Instituto, al cual mira y ama como á su Benjamín, y por esto quiere aventajarlo á los demás con la posesión de este tesoro.» Vuestra es, pues, Reverendas Madres, esta preciosa margarita con la que vosotras habéis sabido enriqueceros y enriquecer también á los demás.

Por lo que hace á la mínima Compañía de Jesús, es la misma Virgen Santísima quien ha tenido á bien recomendar á esta orden religiosa que reciba este don con el aprecio y reconocimiento debidos á su insigne valor, para darlo á conocer por todas partes y tornarlo poderoso instrumento de propia y ajena santificación. ¡Gracias infinitas al Dispensador de tantos bienes! La Compañía de Jesús no ha sido ingrata, ni lo será jamás, pues se ha declarado desde el principio y se profesa hoy como ayer la más celosa servidora de los intereses del divino Corazón, consagrada como está solemnemente á la dilatación de su gloria. Ella rinde también tributo ferviente de alabanza á la gloriosa propagadora de la devoción al Corazón de Jesús. ¡Quiera el cielo acortar los plazos de la completa glorificación de esta gran sierva de Dios sobre la tierra, permitiéndonos ser testigos del decreto de su canonización! ¡Plegue al Señor que nos enriquezcamos todos con los tesoros de gracia descubiertos al mundo por medio de la Bienaventurada Margarita! Así sea.

PANEGÍRICO DE SANTA MÓNICA

(predicado en la fiesta de la Congregación de Madres Católicas, Bogotá, 1898).

Pro puero isto oravi, et dedit mihi Dominus petitionem meam.

Rogué á Dios por este niño; y él me concedió lo que le pedía.

1 Reg. 1, 27.

1. La figura de la ilustre matrona africana Santa Mónica, cuya fiesta celebran hoy con la Iglesia católica las madres católicas de Bogotá, es, sin duda, una de las más bellas y arrogantes que ha ofrecido al mundo el cristianismo: es la figura de la *Mujer fuerte* trazada por el dedo divino en los Proverbios¹, y realizada á maravilla en el cuarto siglo de la era cristiana para ilustrarlos á todos hasta el nuestro, en cuyas postrimerías parece haber llegado á brillar con todo el esplendor de su grandeza encantadora. En vano buscaríais un tipo de esta clase en toda la antigüedad pagana, á pesar de no escasear en ésta los modelos de mujeres ilustres y hasta heroicas; mas ¿cómo lo hallaríais en tiempos en que aun no había aparecido sobre la tierra el tipo divinamente creado de la Mujer cristiana, tal como sólo pudo formarlo el verdadero Reformador del género humano, nuestro Señor Jesucristo?

Aquí debiera yo, piadosas señoras que me escucháis, bosquejar siquiera toscamente la hermosura y nobleza de este tipo según el cual vosotras aspiráis á santificaros en el seno de esta religiosa asociación, bajo la protección y el amparo de la Madre incomparable de Dolores y de su bella copia, la adolorida madre de San Agustín. Pero ¿qué necesito decir á personas que, por su misma posición y estado, mejor que nadie lo comprenden?

¹ Prov. 31, 10 sqq.